

empleado como jefe de una sección de importancia un cierto T..., el cual era casado y con hijos y vivía honradamente con su trabajo y para su familia. El cariño para con ésta, el placer de contentar á los niños, la maldita tentación empujó á aquel desgraciado á apoderarse de cosas de poca importancia, naranjas, latas de sardinas, golosinas de ningún valor. El pequeño hurto fué descubierto y T... detenido. Su mujer por poco no se volvió loca de dolor; gastó todos los ahorros, empuñó todo lo que tenían para gastos de defensa, y al cabo, vencida, postrada por la inutilidad de sus esfuerzos sobrehumanos para salvar á su marido, desapareció con su hijo más pequeño y quién sabe ahora en qué tugurio de miseria agoniza. Otros dos hijos quedaron abandonados en mitad de la calle. El desgraciado padre fué condenado á tres meses de cárcel y el Supremo confirmó la sentencia irrevocable. Descontada la pena, se halló sin familia, sin pan, sin consuelo de nadie. Entonces recurrió al alcohol y hoy puede vérselo tambaleándose por las calles de su ciudad completamente borracho.

¡La redención le llegará con la muerte!

¡He ahí el efecto correctivo, educativo de las sanciones penales!

El día en que el soplo revolucionario abata los muros infames de las cárceles y con la palabra «amor» cancele verdaderamente la señal de infamia que marca á los reclusos; el día en que todas las sanciones penales queden destruídas por el pueblo, que en nombre de la solidaridad humana no quiera ver en ningún miembro de la colectividad que lo constituye la figura del delincuente, aquel día la civilización habrá progresado realmente en este rudo camino del humano progreso. La soberbia figura de la Diosa Justicia descubrirá su sonriente faz, que hoy avergonzada oculta, y la paz no será turbada por los propósitos de venganza, ni de maldiciones terribles, ni de cruentas tempestades. Al odio, á la persecución, al martirio, sustituirá el amor, la curación piadosa de la familia ó el momentáneo albergue en especiales casas de salud, donde, ante todo, el paciente estará seguro de que la sociedad humana no le arrojará al rostro, pobre desgraciado, ni un solo reproche.

LUIS MOLINARI

## La impotencia de los dioses

En vano los vampiros iracundos nutridos de soberbia, maquinan y se esfuerzan para inventar un rudimento artificial que promueva el letargo en el seno de la enorme masa harapienta.

En vano tratan de sofocar los ánimos rebeldes que tienden vuelo hacia el Océano del Infinito, batallando encarnizados para reivindicar á la Naturaleza los frutos del globo terráqueo y establecer la división igualitaria de condiciones sociales, redimiendo de la penuria (por la expoliación capitalista), al pauperismo universal que serpentea preso de vahido por la azarosa vía, cruzando difíciles lodazales, en-

vuelto en lóbrega y andrajosa manta frentando el paso trémulo é incierto que le conduce al borde del abismo.

En vano la autocracia imperante, obedeciendo al privilegio, mandó una patrulla armada de filisteos para descargar (sin distinción de especie) el arma asesina sobre la multitud inerme del proletario, dejando extenuados en el campo de la protesta varios cuerpos inanimados.

En vano las religiones todas atacadas del *hollwurm* ó del *dray-rot*, embadurnan á los desposeídos (que envuelven las tinieblas) un fantasma imaginario cual «Dios», enigmático y abstracto, que habite en la región etérea, al que